

MIENTRAS ME QUISISTE

8 de diciembre

Me llamo Carlos Rocha y por primera vez en mi vida, a mis cuarenta años, empiezo a escribir un diario. Me lo ha recomendado un amigo, para ver si esto me ayuda a superar mejor el que según él, debería ser el peor momento de mi vida. Mi mujer me ha dejado.

Hoy es lunes ocho de diciembre de 2014. Estoy en casa en bata y zapatillas, llevo sin vestirme y sin ducharme desde el viernes, cuando volví del instituto. Con ella en casa esto sería imposible. No me permitiría estar así de sucio y despeinado. Además ayer domingo, habríamos ido a comer a casa de sus padres o de su hermana Asunción, Chon para los íntimos.

Pasado mañana es mi cumpleaños. Cumpliré cuarenta y uno. Y será la primera vez, que después de diez años juntos, pasaré el cumpleaños sin ella. Mi hermano Fernando y mi hermana Julia, quieren organizarme una comida familiar en el restaurante chino que queda a dos manzanas de mi casa. No tengo ni puta ganas de ir. Me joroba enormemente que las personas que me rodean, estén al tanto de mis sentimientos. Mi madre, mis hermanos y mi cuñada, hasta mi sobrina Cristina, me mandan un WhatsApp o me llaman todos los días para preguntarme cómo me encuentro.

Yolanda, mi mujer aunque nunca nos hemos casado, se fue hace hoy, veintidós días. Cuando llegué del trabajo, tenía una carta encima de mi almohada esperándome. Es terrible, aunque cierto, pero no la leí, ni tan siquiera la vi, hasta que no me fui a dormir. Como tantas otras veces, ella junto con su amiguísima Carmela, persona repelente donde las haya, habían organizado una cena de amigos, porque nos estábamos convirtiendo en setas y teníamos que salir. Llamé a Yolanda a las tres y media y le dije, mentira por supuesto, que me dolía mucho la cabeza y que pasaba de la reunión. Además, eran sus amigos, yo los conozco porque soy su pareja, pero sinceramente, jamás habría intimado con ninguno de ellos si no fuera por Yolanda. No me caían bien. Había ido a otras juntadas parecidas otras veces y me aburría como una ostra. Ninguno de ellos tiene nada en común conmigo. Son, como diría mi madre, muy bohemios. Algunos escriben, otros pintan, pero la mayoría ni sé de qué viven. Me pilló sin ganas y rechacé la invitación. Le dije a Yolanda que tenía un montón de cosas que hacer, que estaría trabajando hasta tarde y que fuera ella sola. Tampoco es que me empeñase mucho en la disculpa. Cuando salí del instituto, fui con Mario y Julio a jugar al pádel, me tomé tres cañas en el bar que hay al lado de las pistas donde jugamos y volví a casa tranquilamente. Me di una ducha, me preparé dos huevos fritos con chorizo, que Yolanda nunca me permite comer porque tengo el colesterol un poco alto y me senté frente al televisor a ver una película que ni recuerdo el nombre. Cuando noté que me dormía sentado en el sofá, me levante y me dispuse a acostarme. Yolanda podía llegar a la hora que le daba la gana, era mayorcita, yo no iba a esperarla despierto porque no soy su padre. Al acercarme para abrir la cama, encontré la carta. Yolanda me decía que no podía aguantar más. Que se marchaba para siempre. Nuestra relación se había roto.

En ese momento, me di cuenta que faltaban un montón de cosas en la habitación. Su mesilla, estaba totalmente despejada. Solo la lámpara de noche quedaba encima del mueble. No estaba ni su crema de manos, ni el libro que nunca terminaría, ni sus zapatillas debajo de la silla donde colocaba su ropa por las noches. Abrí el armario y su ropa había desaparecido. Fui al baño y me percaté, cosa que no noté antes al ducharme, que no estaban ni su bolsa de las pinturas, ni su champú especial para mantener el color del tinte del pelo, ni su crema del cuerpo ni la de la cara. No estaba el cepillo de dientes. Recorrí la casa y descubrí huecos en las estanterías, donde ella colocaba sus libros, sus discos, sus cds, los vídeos. Todo. Se había ido de casa y se había llevado todo. Y si no hubiera visto la carta, yo no habría notado que faltaban todas esas cosas. Miré la pared de detrás del sofá donde había cenado y fue entonces cuando descubrí que faltaba el cuadro que teníamos colgado sobre él. Era visible el recuadro de pared más blanco que el resto de la habitación. Ese cuadro era suyo. Lo había pintado ella. En la carta me decía que le quedaban algunas pertenencias que no podía llevarse en ese momento. No debía preocuparme, iría a por ellas cuando yo estuviera fuera, en el instituto, para no molestarme. Después dejaría las llaves dentro del buzón para que yo pudiera recogerlas. Había cogido un juego de maletas que nos había regalado mi madre en los Reyes del año anterior. Cuando volviera a recoger lo que le quedaba, las dejaría en la habitación. Me comunicaba que me llamaría un día para quedar e ir al banco a cerrar las cuentas que teníamos conjuntas y a deshacer un par de fondos de inversión que habíamos abierto para ahorrar algo de dinero. Había tomado prestado algo de dinero de una de las cuentas corrientes porque no tenía suficiente. Me lo devolvería. Se sentía avergonzada por ello, pero no le quedaba más remedio que cogerlo.

Leí la carta de nuevo. Tres veces más. Y después tantas veces que perdí la cuenta. Era prosaica, directa, sin emociones. Parecía, sinceramente que la hubiese escrito yo. Yolanda no es así. En ningún momento me decía por qué me dejaba. Solo que me dejaba. A día de hoy, no tengo ni idea de cuál ha sido la razón de su marcha. Hace veintidós días que Yolanda no está en casa y todavía no sé porque se ha ido. Esa noche la llamé varias veces y no me cogió el teléfono. Dejaba que sonase hasta que se cortara la comunicación pero después, directamente colgaba cuando daba el primer timbrado. Aunque era tarde llamé a Carmela, a sus hermanas, incluso pensé en llamar a sus padres, pero deseché la idea. Nadie sabía nada de ella. Carmela me dijo que la había llamado a las cuatro para decirle que nosotros al final no íbamos a ir a la reunión. Que ya la llamaría. Todos me dijeron que no me preocupase que seguro que al día siguiente me cogería el teléfono. Nada ha ocurrido así. La he llamado más de cien veces en estos veintidós días y nunca me ha cogido el móvil. No tengo ni idea de donde está. No sé si le ha pasado algo, si está bien o mal, si sigue en Madrid o se ha marchado a quién sabe dónde. He llamado a su trabajo y me han dicho que pidió voluntariamente la cuenta hace como un mes. Jamás me dijo ni me insinuó nada. Es cierto que yo salgo de casa antes que ella y que vuelvo más tarde. Yolanda trabaja de teleoperadora en una empresa de marketing, vendiendo productos financieros y créditos. A media jornada. Odia ese trabajo. Desde que se quedó en el paro el año anterior, esto es lo único que le había salido. Le pagan una mierda y le pedí mil veces que lo dejase, pero ella siempre decía que le permitía tener algo de independencia. No quería que yo la mantuviese. Pero daba lo mismo, con su salario solo podía permitirse comprarse algo de ropa y alguna crema o capricho. No podía mantenerse con ese sueldo. En casa vivíamos de lo que yo gano.

Nadie me cree cuando les digo que estoy bien. Piensan que es una pose, que más tarde o más temprano el dolor saldrá y no me dejará ni respirar. Pero yo sé que eso no pasará. Estoy bien, digo que estoy bien, porque lo estoy. No he buscado a Yolanda porque la eche de menos, porque me duela el alma por su marcha, sino porque creo que me debe una explicación aunque solo sea porque hemos vivido diez años juntos y marcharse así es impropio de gente civilizada. No me ha roto el corazón. Creo que es imposible que algo o alguien pueda romperme el corazón.

No lo escribió en su carta porque estoy seguro que ella lo sabía igual que yo. Yo, sencillamente, no la quiero.

9 de diciembre

Hoy he vuelto a mis clases con toda normalidad. Mario, que trabaja conmigo, me dice que parezco otra persona. Que en solo veintitrés días he adelgazado. Estoy como más viejo.

Yo me miro en el espejo y de verdad, soy incapaz de ver ese cambio. Me he pesado en la báscula que tenemos en el baño y no he adelgazado ni un gramo. Peso lo mismo, la ropa me queda igual y no he variado nada.

Como cada día, me ha llamado mi madre. Está preocupada. Ha marcado el teléfono de Yolanda pero a ella tampoco le coge el teléfono. Yo también lo he hecho hoy y no he logrado hablar con ella. Me gustaría hacerlo. Creo que tenemos que hablar porque hay muchas cosas a nuestro nombre que deberíamos solucionar. Esta casa por ejemplo. La compramos al año de empezar a vivir juntos. No tenemos una hipoteca muy alta porque nos prestaron dinero sus padres y mi madre. Pero al fin y al cabo está a nombre de los dos y deberíamos decidir quién va a vivir en ella. Es su casa también. Los seguros de vida, una suscripción a una revista y como ella decía fondos de inversión y cuentas corrientes.

Yolanda es mi mujer. No puede irse de casa así sin dar una solución al tema. Julia me ha preguntado si ya he llorado. Está convencida de que si lloro y me desahogo, me sentiré mejor. Insiste en ello porque fue lo que ella hizo cuando se divorció de Gustavo. Lloró mucho. Era insufrible verla tan mal. Tardó meses en volver a ser algo parecido a la persona que es. Fernando dice que nunca ha vuelto a ser ella misma. No me cabe en la cabeza. Las personas van y vienen de nuestras vidas. Es algo normal. No entiendo que se pueda sufrir tanto por amor. Yo no necesito llorar. No estoy triste. No la echo de menos.

12 de diciembre

Estoy cogiendo gustillo a esto de escribir aquí. Llevaba dos días sin hacerlo y parecía que me faltaba algo. Me he resfriado. Mis alumnos están casi todos malos y era mucho suponer que ninguno me lo pegara. Tengo fiebre, tos, mocos y me duele hasta el alma. Me he tomado unos analgésicos pero como si nada. Yolanda es muy de remedios caseros. Leche con miel, jarabes de limón y cebolla y demás guarrerías. No le gustan los medicamentos. Todos los que tenemos en casa son míos. Ella casi nunca toma nada. Me voy a dormir, no quiero faltar al instituto porque queda poco para las vacaciones de Navidad y ahora tengo muchos exámenes que corregir antes de las notas. Este año solo doy clases a Bachillerato, mis tareas como Jefe de Estudios no me dan más margen. Pero mis alumnos necesitan su nota, para las pruebas de la universidad. Son muy pesados. Mi asignatura es una de las más odiadas. Es difícil y más en estos niveles. Las matemáticas, las odiadas matemáticas.

El día de mi cumpleaños fue horrible. Mi familia fue incapaz de dejarme disfrutar de la comida con tranquilidad. Mi madre se emocionó dos veces y mi sobrino Carlos, que se llama así por mí, porque soy su padrino, se tiró encima los tallarines con pollo. Su madre se enfadó mucho. Al final se fueron a su casa y pude descansar de la familia. No me gusta mi familia. Yolanda es consciente de ello y siempre me está insistiendo en que soy demasiado exigente con los demás. Puede que tenga razón. Todos me saturan, me cargan. Solo quiero que me dejen en paz un rato.

Me duele mucho la cabeza y la nariz de tanto sonarme. Voy a dormir.

13 de diciembre

Hoy es sábado. Por lo menos no he tenido que madrugar. Está lloviendo y hace bastante frío. Si no me hace falta no pienso salir a la calle. Mucho mejor en casa. Estoy oyendo el disco que me ha regalado mi hermana. Es una recopilación de canciones de Serrat. Me gustaría preguntarle por qué cree ella que me gusta Serrat. Es a Yolanda a la que le encanta. Mis gustos musicales no pasan por los cantautores españoles. Pero bueno, me pidió que lo probase por si hubiera que cambiarlo. Mi madre, que es una mujer muy práctica, me regaló unas zapatillas de estar en casa. Me están grandes. Me compra las cosas pensando en Fernando. Y siempre todo me está grande. Fernando me regaló una tablet. Tiene pasta. Es director de una oficina del Banco de Santander y su mujer trabaja en una gran empresa. Es jefa de algo también. Cristina me compró un llavero. Me gusta mucho. Mi sobrina es la única persona de mi familia que es capaz de comprenderme un poco. Cuando salíamos del restaurante me comentó que Yolanda había hablado con ella pero que no quería que nadie lo supiera. Se lo pidió ella. Solo me dijo que Yolanda le preguntó por mí. Le dijo que me deseara feliz cumpleaños y que me llamaría pronto. Que la dejase algo de tiempo para ver cómo se iban desarrollando los acontecimientos. Cristina tiene dieciséis años. Es la hija mayor de mi hermano y el fideo de Laura. Carlos tiene diez. Es el segundo y último. Es caprichoso, chillón y maleducado. Cristina es una típica adolescente pero aun así me resulta muy fácil llevarme bien con ella. Llevo muchos años enseñando a chicos y chicas de su edad. No tengo hijos pero si los tuviera, me gustaría que tuvieran un salto biológico desde el nacimiento hasta la adolescencia, porque me cabrean sobremanera los niños. Yolanda siempre dice que me entiendo con ellos porque nunca dejé mi adolescencia. Vivo en ella desde siempre.

Yolanda y yo no tuvimos hijos porque ella no quería. A mí tampoco me hacía ilusión así que en eso siempre hemos estado de acuerdo. Ella tiene tres hermanas. Las tres tienen dos hijos cada una. Su casa es demasiado ruidosa. Este año, no tendré que vivir el suplicio de una Nochebuena en casa de sus padres con todas sus hermanas, sus maridos, sus hijos, la suegra de Chon, que como es viuda también viene y por supuesto, sus padres. Total, un horror. El otro día me llamo Marimar, la segunda, para ver cómo estaba. Yolanda es la mayor. Me sonó muy falso por su parte. Si hubiera sido Eva, la más pequeña, todavía. Con Eva me llevo mejor, pero Marimar, es una persona que no me interesa lo más mínimo y yo a ella tampoco. Nunca ha mostrado ningún aprecio por mí, pero como era reciproco, no le he dado importancia. Yolanda es dos años mayor que yo. El día 16 de agosto cumplió cuarenta y tres años.

Estoy planteándome irme unos días de vacaciones solo. Tal vez a Canarias o a Cabo Verde. Un sitio cálido. No me gusta el invierno. Tendré que ir a casa, con la familia, en las fiestas, pero entre medias, podía irme por ahí. El lunes me acercaré a una agencia de viajes para ver que ofertas tienen. Me vendrá bien. Así suelto en catarro en la playa.

15 de diciembre

Hoy, cuando he abierto el buzón al volver a casa, he encontrado un aviso para recoger una carta certificada. Me he acercado a la oficina de correos porque abren por la tarde y resulta que es una puta multa de aparcamiento. Una pasta. El ayuntamiento se ha propuesto que le saquemos del hoyo entre todos los vecinos de la ciudad. Son todos unos sinvergüenzas.

Recuerdo el día perfectamente. Ha venido a mi nombre porque soy el titular del coche, pero se la pusieron a Yolanda. Habíamos ido a una tienda del centro a mirar material para sus cuadros. Yolanda pinta. No profesionalmente, lo hace por diversión. No entiendo mucho de arte, pero lo que pinta me gusta. Me envió a comprar tabaco para los dos, porque fumamos un montón, mientras ella buscaba aparcamiento. Nos encontramos en la tienda. Ella estaba eligiendo pinceles y papel para pintar. Estuvimos como una hora o así. Al salir y vi dónde había aparcado se me llevaron los demonios. Esta mujer no aparca el coche. ¡Le tira! Tuvimos una pelea mientras volvíamos a casa. Ella se excusa siempre diciendo que como odio el metro y tenemos que ir en coche a todos sitios, en el centro no se puede aparcar. Pero es que eso es mentira. No odio el metro. Es simplemente que me agobia un poco. Si son trayectos cortos sin trasbordos, todavía. Pero si hay que ir, andar por los pasillos, coger un tren, luego otro y así durante mucho rato, pues acabo malo. Cuando llegamos a casa estábamos bastante enfadados. Pusimos la tele para hacer tiempo antes de preparar la comida. Yolanda se sentó encima de mí, a horcajadas. Se quitó la camisa. Hicimos el amor. En el sofá. Y luego en la cama, dos veces. Y después de comer y bebernos una botella de vino enterita, lo hicimos de nuevo. Pasamos todo el sábado follando. Metidos en la cama. Desnudos. Tocándonos. Hacía mucho que no pasábamos un sábado así. De hecho, en un momento de relax, Yoli me dijo que hacía casi un mes que no hacíamos el amor. Yo no lo recordaba pero sería cierto. Me gustó mucho hacer el amor con ella de esa forma. Fue estimulante. Yolanda es muy suave. Me recordó a nuestros primeros años juntos.

He pagado la multa.

17 de diciembre

Sigo con catarro. Tengo que corregir los exámenes y preparar el cierre de la evaluación antes de las vacaciones. Son las once y media y aquí sigo. Yolanda suele ayudarme a pasar las notas a los boletines. Y a anotar los deberes que les mando para la Navidad. Ahora tendré que hacerlo yo solo. Estoy muy cansado. No he cenado más que un bocadillo de jamón y una cerveza caliente que había en la cocina. Tengo que ir a comprar comida. Ya no me queda casi de nada.

Me voy a Lanzarote el día veintiséis y vuelvo el día treinta y uno dispuesto para la cena en casa de Fernando. El espárrago de Laura preparará cordero y langostinos. Con el dineral que ganan ya podían estirarse algo más. Seguro que me sienta muy bien la playa y el mar. Lo necesito. Desde hace días no se me pasa el dolor de cabeza. Es del puñetero catarro. O no.

19 de diciembre

Por fin llegaron las vacaciones. Va a ser estupendo descansar en Lanzarote. El hotel que he escogido tiene muy buena pinta. Está cerca del Parque Natural de Timanfaya. Me permitirá ir a verlo. Dicen que es muy curioso y original. Todos esos volcanes.

Jimena Monteagudo es mi mejor alumna. No tengo nunca que preocuparme por ella. Le he dado clase de matemáticas desde primero de la ESO. Es estudiosa, aplicada y muy inteligente. Cuando le he dado el boletín de notas me ha deseado una Feliz Navidad y me ha dicho que ojalá las vacaciones me sienten bien porque desde hace tiempo estoy como tristón. Ya no les gasto bromas en clase ni hago juegos con las operaciones matemáticas. Mis clases ahora son como las de los demás profesores.

Al salir por la puerta camino de casa, he escuchado a dos chavales hablar apoyados en la tapia del patio. Son una pareja muy pintoresca del instituto. Están en cuarto de la ESO y

todos los profesores les recordamos juntos desde que llegaron. Ella seguro que irá por ciencias el año próximo. Es lista. Él no estudia mucho, va justito. Quizá escoja un ciclo formativo en vez de Bachillerato, aunque nunca se sabe.

Él le estaba recriminando a ella que llevaban juntos cuatro años y nunca le decía que le quería. Cuando él le decía “te quiero” ella, al parecer, solo contestaba, “yo a ti también”. Pero nunca le decía directamente que le amaba.

He salido del centro y me he metido en el coche. No recuerdo cuando fue la última vez que le dije a Yolanda que la quería. Lo he pensado concienzudamente y al final he llegado a una conclusión. Nunca le he dicho que la amaba directamente. En diez años. Jamás se lo he dicho.

22 de diciembre

Como cada año, me he levantado pronto, he puesto la tele y mientras hacía las cosas de casa, la voz de los niños de San Ildefonso me ha acompañado toda la mañana. Y como cada año, no me ha tocado la lotería. Este año era normal. Solo tengo un décimo con mi familia. Yolanda tiene otro comprado con la suya. No recuerdo el número así que no sé si les ha tocado algo. A mediodía me ha llamado Asunción, la madre de Yolanda. Solo quería saber que tal estaba. Yolanda no va a pasar la Navidad con ellos, eso me ha dicho. No saben dónde está. Es muy raro todo. Asunción es una buena mujer. Siempre me demostró un cierto aprecio. Su marido es otra cosa. Le caigo mal. Dice que soy un presuntuoso. Que el dinero de mi familia se me ha subido a la cabeza. Está convencido que mi familia es rica. No lo somos. Mi madre vive de la pensión de mi padre. Es una buena pensión para ella sola, pero tampoco acumulamos millones. Nosotros tres estudiamos con becas. Bueno Fernando la perdió un año porque tuvo que repetir un curso de la carrera. Sus hijas no han estudiado en la universidad ninguna. No es culpa mía, que lo hubieran hecho. Pero no son tontas. Yolanda al menos no es tonta. Hizo administrativo y tenía un buen trabajo cuando yo la conocí. Trabajaba en el despacho de unos abogados. Después, cuando ya vivíamos juntos, entró de interina en la Comunidad de Madrid. Estaba muy a gusto allí y le pagaban un buen sueldo. Perdió la plaza con los recortes. Intentó volver al despacho pero no hubo suerte. Las demás también estaban bien colocadas. Marimar es auxiliar de clínica, trabaja en La Paz. Chon es cocinera y tiene un restaurante con su marido que no va muy mal. Y Eva es policía municipal. Como su Javier, su marido.

Nosotros, somos tres. Fernando hizo Empresariales, yo Matemáticas y Julia es enfermera. Mi padre era veterinario. Murió hace unos veinte años. Muy joven. Mi madre no se ha vuelto a casar y que yo sepa, no ha tenido ni un mal novio. Yo vivía con ella hasta que conocí a Yolanda. Hasta los treinta años. Yoli por el contrario tenía un pisito en alquiler en Prosperidad. Vivía ella sola. Tenía su coche, su casa, su dinero, era independiente. Yo no lo he sido nunca. Salí de casa de mi madre para irme a vivir con Yoli. Me acogió en su pisito hasta que compramos el que ahora ocupo.

A Yolanda le gusta mucho el mar.

29 de diciembre

He vuelto a casa antes de tiempo. Tenía reserva hasta el treinta y uno pero he vuelto antes. No soportaba estar allí yo solo. Los días se me hacían eternos. Y las noches también. He paseado por la playa. El mar mojaba mis pies. Algo que hacía con Yolanda siempre que estábamos en la playa. Ella decía que andar así es bueno para la circulación. Ahora me ha

resultado soso, vacío. Los empleados del hotel eran muy educados y atentos. Aun así, no he aguantado todo el tiempo. Me he inventado una excusa, mi pobre madre, que está hecha un roble, se ha puesto enferma. Han sido comprensivos y me han hecho la devolución de los días que no he disfrutado. Me he mareado en el avión al volver. Yolanda siempre me da la mano en los vuelos porque sabe que no me gusta meterme en esos supositorios con alas. Habla conmigo durante todo el viaje para que me entretenga y no piense que estoy a miles de metros sobre el suelo. Yolanda no tiene miedo de nada. Me estoy dando cuenta de que yo tengo miedo de todo.

Fernando me ha recogido en el aeropuerto y no ha comentado nada de mi color verde. Estoy fatal. Todavía no se me ha pasado el malestar y llevo varias horas en casa. Se ha ofrecido a quedarse pero no le he dejado. ¡Menuda se pondría la escuálida de su mujer si no llega para la cena! Está domesticado completamente. Yolanda dice que es una pena. Es una estupenda persona dominada por un mal bicho. Fernando quiere mucho a mi mujer.

Todo el mucho quiere mucho a Yolanda.

1 de enero

Como suponía la cena de Nochevieja ha sido un fracaso. Nos sentamos todos a la mesa, con todo nuevo, impoluto como dice mi mujer, tanto que da hasta miedo moverte y manchar algo. Hemos cenado, hemos tomado las uvas viendo la 1, como manda la tradición y después de brindar ya no había nada que decir. Julia se ha ido corriendo porque le ha cambiado la guardia a una compañera. Desde que Gustavo y ella se divorciaron, hace muchas guardias de noche. Imagino que no quiere dormir sola en casa. La cama es muy grande.

Fernando ha recordado a Yolanda, me ha preguntado si sabía algo de ella y su mujer se ha mosqueado. Al final, a las dos o así, he acompañado a mi madre a casa y aquí estoy. En casa. Solo. Viendo la porquería de programas que ponen en la tele. Yolanda es muy divertida. Siempre tiene algo que contar, o pone música y baila, porque baila muy bien, o inventa juegos. Estar con ella en una fiesta es muy agradable.

5 de enero

Estoy borracho. Mucho. Me he tomado botella larga de vino, de unos que me regaló Mario por mi cumpleaños. Casi no puedo ni escribir. He sacado de mi escondite el regalo que tenía para mi mujer. Le había comprado un abrigo precioso, color camel, o eso dijo la chica de la tienda.

Estaba seguro que le sentaría como un guante. Yolanda no es muy alta y tiene las caderas anchitas pero me gusta mucho el tipo que tiene. Me costó un dinero importante. Pero me dio igual. Me encanta ir con ella cuando va bien arreglada. Estoy seguro de que todos me miran muertos de envidia.

Debajo del abrigo había una caja. Es un telescopio. Yolanda lo había comprado para mí. Para Reyes. Sabía que me hacía mucha ilusión un regalo así. ¡La muy puta! Me lo había guardado en el escondite para que lo descubriera solo. Me conoce mejor que nadie.

No puedo soportarlo. De verdad que no puedo.

7 de enero

Hoy he ido a recoger los regalos de Reyes a casa de mi madre. Ayer no fui porque tenía tal resaca que no podía ni con mi alma. Les dije a todos que estaba malísimo pero que no necesitaba que me vinieran a cuidar, como quiso Julia.

Mi madre me ha regalado un precioso robot de cocina. Todavía no sé para qué. Julia había comprado un juego de albornoces con las iniciales bordadas para los dos. Me ha dado el paquete pidiéndome disculpas por no haberlo cambiado. Los he colgado en el perchero del baño. Son supersuaves. A Yoli no le van los albornoces. Se envuelve en dos toallas. Una para el cuerpo y otra para el pelo. Y se pasea así por la casa. Me vuelve loco verla así, porque además no me deja que la toque cuando sale de la ducha. Ella me excita a propósito para luego dejarme con un palmo de narices. La persigo por toda la casa hasta que ella cede. Es un juego muy divertido y sensual. Tengo que dejar de pensar estas cosas, porque luego me siento fatal. Físicamente también. Fernando y Laura me han regalado un fin de semana en un hotel con spa de un pueblo de Salamanca, también para dos personas. Me han aconsejado ir con Mario que está soltero. La verdad, no me hace mucho ir a un hotelito romántico con Mario. Puedo cambiarlo por otra estancia. Ya veré lo que hago. Yo les he entregado los regalos que Yolanda había comprado para ellos. Los teníamos en el armario. Siempre compra cosas super originales. A mi madre le había comprado un sombrero. Le queda genial y le da aire de señora rica. A Julia, una selección de la mejor literatura rusa encuadernada en piel. Y a la parejita feliz un curso de cata de vino en una bodega de Valladolid. Laura es una enamorada del Ribera del Duero.

Al salir de casa de mi madre, tenía que ir a la tintorería a recoger un chaquetón que Yolanda tenía allí. Encontré el resguardo y me daba vergüenza dejar la prenda en la tienda. Cuando salía de la tintorería me he topado de frente con Gustavo, el ex marido de Laura. Estaba allí de casualidad. Al parecer la familia de la mujer con la que vive ahora, tiene una casa cerca y él había ido a ver si podían ponerla en venta o en alquiler. Está fenomenal el tío. ¡Qué bien le sienta estar con una mujer casi diez años más joven! Me ha enseñado una foto y la chica está como un queso. No sé todavía que ve en Gustavo. Él no es gran cosa. Pero es cierto que ha adelgazado un poco, está morenito y viste mejor. Cuando estaba con Julia parecía diez años más mayor que ahora.

Gustavo tiene mi edad, de hecho nos llevamos exactamente veinticuatro horas. Trabaja en una empresa de seguros. En el departamento financiero. Estudió Económicas y conoció a Julia en una fiesta de la facultad. Me ha preguntado por ella y le he mentado. Le he dicho que está muy bien y que está saliendo con un médico del hospital. Gustavo se ha alegrado mucho o al menos eso me ha parecido. Es tan feliz que le encanta la felicidad de los demás. Me ha preguntado por Yolanda y también le he mentado. He prometido darle recuerdos de su parte.

8 de enero

El día ha empezado mal. Me he dormido y he llegado tarde al instituto. Tenía clase a primera hora y al final solo he podido dar veinte minutos. Los chicos estaban revueltos y no había forma de concentrarlos. Cuando he salido de clase, hoy tenía tutoría. Han llegado los padres de Roberto, un alumno muy poco trabajador y me han puesto la cabeza loca. Que sí no está más que con el móvil, que no le ven estudiar, sale mucho. He hecho mi papel lo mejor posible, pero está en Bachillerato, es decir, estudia porque quiere. No soy su niñera y si hace mal los exámenes tenemos que suspenderle, no queda otra. Al final me he comprometido a hablar con él. Pero vamos, que hará lo que le de la real gana, tiene casi dieciocho años.

Cuando llegué a casa, Laura mi cuñada me estaba esperando. Quería preguntarme si conozco a la chica con al que Fernando se acuesta, porque está convencida de que Fernando le pone los cuernos. No tengo ni puñetera idea de lo que me estaba diciendo. Fernando es mi hermano pero no soy su confidente, no somos íntimos, hablamos y eso pero nada más. No conozco nada de su vida privada ni tengo ningún interés en conocerla. Yolanda si se lleva bien con sus hermanas, sobre todo con Eva. Es muy familiar. Supongo que ellos no me quieren decir dónde está, pero seguro que lo saben.

Le dije a Laura que hablaría con mi hermano. No tengo ganas de hacerlo, pero me he acordado de Yolanda, que siempre me dice que no sea tan frío, que los sentimientos de los demás y sobre todo de los más allegados son importantes. Laura lo está pasando fatal. Yoli si hablaría con Fernando si fuese su hermano. A lo mejor tiene razón y debo hacerlo. Intentaré quedar con él.

9 de enero

Hoy llamé a Fernando y he quedado con él para el sábado por la mañana. Le he pedido que me acompañe a comprarme algo de ropa. Se ha sorprendido un poco, pero luego ha caído que era Yolanda la que iba siempre conmigo. La verdad es que soy bastante inútil para esas cosas. Yolanda tiene muy buen gusto para vestirse y vestirme. No sé cómo lo hace pero todo lo que me compra, me encanta. Fernando también se viste muy bien. Nunca va con Laura de compras, pero me ha dicho que Yolanda le ha acompañado varias veces. Me he sorprendido. No lo sabía o al menos no lo recordaba. Mi hermano dice que sí que lo sabía. Lo habré olvidado. Como muchas cosas. Quizá me esté obligando a olvidar.

Esta noche están poniendo en la tele una película que es una de las preferidas de Yolanda. Ojos negros se llama, una película rusa. Es increíble lo bonita que es. No me extraña que le encante. Yolanda disfruta mucho con la cultura. Le gusta leer, pintar, el cine, las exposiciones, las bibliotecas, etc. Nos conocimos en una discoteca una noche. Me gustó desde el principio, pero estuve indeciso en llamarla durante casi un mes. Cuando al final me atreví, me invitó a ver una exposición en el Museo de Arte Reina Sofía. No había ido nunca. Ella le conocía como su casa. Luego tomamos un café en el Gijón, subimos andando mientras charlamos. Nos despedimos sin quedar en nada. Cuatro meses más tarde vivíamos juntos en su pisito de Prosperidad. Fue todo como muy natural, empecé quedándome algunas noches, luego fines de semana enteros y un día ya vivía allí. Diez años y seis meses más tarde, estoy solo. Y ella también. O al menos eso creo. Espero.

10 de enero

Me compré unos vaqueros que no me hacen falta. Un jersey que creo que no me ponga nunca y unas deportivas que a Fernando le encantan. Esas si las usaré. Mientras tomábamos unas cañas le he preguntado a mi hermano si engaña a su mujer. Que Laura sospecha que tiene un lío con alguien. Se ha quedado mudo y pálido. Me lo ha negado rotundamente y lo que me ha dejado helado ha sido, que me ha dicho, según él, con el corazón en la mano, que solo habría engañado a Laura con una persona, pero que esa persona no quiso y nunca pasó nada. Mi Yoli. Mi hermano, de alguna extraña manera se insinuó a mi mujer. Ella le rechazó educadamente. Le dijo que me quería y que yo sería el único de los Rocha con el que ella tendría algo. Nunca me engañaría y mucho menos con mi hermano. Se he emocionado un poco pensando en ella. Fernando es más sensible que yo. Cuando me hablaba, he notado que tenía dos sentimientos en mi corazón. Odiaba a mi hermano, en ese momento le habría molido a palos solo por pensar en mi mujer como mujer. Y por otro lado

me enorgullecía de Yolanda. Fernando es un buen partido. Es alto, es un poco menos feo que yo, se viste bien, tiene dinero, es divertido, simpático, hace amigos con facilidad. Pero mi Yoli le rechazó porque me quería. En ese momento me quería. Pero me ha dejado. Se ha ido sin mí. Nunca se había ido a ningún sitio sin mí. Al final no me he podido enfadar con mi hermano. Le he dicho que deje a Laura si no la quiere, pero no va a romper su matrimonio. La quiere, de una forma poco romántica, pero la quiere. Le importan sus hijos. Nos hemos abrazado al despedirnos. Hacía años que no le abrazaba. Me ha dicho que no sea gilipollas y que la busque. Debajo de las piedras si es necesario, pero que no pierda la oportunidad de estar con la mujer que quiero. ¿La quiero?

12 de enero

El día ha sido muy duro hoy. Estaba desconcentrado y distante. He puesto un control sorpresa a los chicos del último tema que habíamos dado solo para que estuvieran callados. Luego en la reunión del claustro, he participado lo justo. Comí solo en un bar que hay cerca del instituto porque no quería llegar a casa y encontrarme con mis pensamientos. He ido a jugar al pádel con Julio. Quería agotarme y no pensar en nada. Pero no he podido evitarlo. Llevaba todo el día rondándome y ha sido imposible sacarlo de mi cabeza. En la ducha estaba tan excitado que creía que me daría algo. Me he masturbado, llevaba diez años sin hacerlo. Nunca.

Llevo mucho tiempo sin acostarme con Yolanda. Durante todo el día sentía el calor de su piel en la punta de mis dedos. Su suavidad. Con solo cerrar los ojos podía notar su lengua recorriendo mi cuerpo. Sus pezones. Esa forma suya de subirse encima de mí y mover las caderas. Me estoy volviendo loco. Yolanda es una mujer, como decirlo, curvosa. No es una flaca como Laura ni gorda como su hermana Chon. Está bien. Tiene cuerpo para agarrar. Pero además es que es muy sensual. Tiene unos labios carnosos y deseables. Sus ojos son pícaros y sonríen más que su boca. Se ríe con facilidad. A carcajadas. En la cama se hace una pelota. Se va encogiendo poco a poco y se mete dentro de mí como una bolita. No puedo evitar abrazarla porque a veces no me deja espacio para otra cosa. Se duerme apoyada en mi cuello y yo me duermo sintiendo su aliento en mi pecho. Es cálida y tierna. Otras veces, sin embargo es sexy, dominante, exigente. Cuando la conocí yo había estado con algunas chicas, pero ninguna como ella. Es explosiva. Tiene un carácter arrollador. Llena una habitación ella sola. Y a mí me llenaba entero. Y ahora no está. La cama es enorme. La deseo. Mucho. Muchísimo. Mi cabeza no deja de recordarla, de añorarla. La necesito. Echo de menos el sexo, pero no cualquier sexo. La deseo a ella. Solo quiero tener sexo con ella. Para siempre.

17 de enero

Julia nos ha invitado hoy a cenar a su casa, a la familia. Fernando y Laura han ido sin los chicos. Se han quedado en casa, al parecer no tenían ganas de familia. Cuando cenábamos nos ha dicho que se marcha. Ha pedido una excedencia en el hospital de un año. Trabaja en la Concepción. Se va con Médicos Sin Fronteras a Etiopía. Según contaba, cuando se divorció de Gustavo estuvo fatal. Al parecer estuvo yendo al psicólogo para que la ayudase a superarlo. Ninguno de nosotros lo sabía. Me doy cuenta de que no tengo intimidad con mis hermanos. No podía soportar que la hubiera dejado por una mujer más joven. Se sentía vieja, fea y abandonada. Julia es la mediana de los tres. Tiene cuarenta y tres años. Fernando, cuarenta y cinco. Me ha dicho que Yoli la ayudó mucho. Hablaba bastante con ella y en algún momento le aconsejó un cambio de vida. Que probase otras cosas. Que debía construir una vida para ella misma, porque era la persona más importante de su vida. Hasta ese momento Julia pensaba que Gustavo lo era todo para ella. Ahora después de mucho pensarlo había tomado esta decisión. Le iría bien porque le apetecía mucho. Mi madre como

siempre se ha echado a llorar. Últimamente llora por todo. Se está haciendo mayor. Yolanda dice que soy muy duro con ella. Tengo que tener en cuenta que ya no la necesitamos tanto y se siente algo sola. Además tampoco tiene mucha vida personal y eso le pesa. Nunca me había planteado que mi madre necesitase vivir más. Pero quizá mi mujer tenga razón. Recordando sus palabras mientras Julia hablaba me he dado cuenta de lo sola que está. Tengo que pasar tiempo con ella y animarla a que viva, todavía es relativamente joven y le quedan cosas por descubrir. Intentaré convencerla para que este año haga un viaje. Por Europa. En un club de esos de personas de su edad. Quizá conozca a alguien. He visto a Julia muy firme en su decisión. Me alegro por ella. Será duro pero estoy seguro que le irá bien. Por primera vez en mi vida he visto que mi hermana es una mujer, que tiene necesidades, anhelos y que muchos de ellos, nosotros no podemos cubrirlos. Ha aprendido a vivir sola. A ser ella misma. Yolanda siempre ha sido ella misma. La admiro por eso.

Estoy aprendiendo a mirar a los demás con otros ojos. Me he vuelto menos duro, menos frío. Mi madre dice que desde que Yolanda entró en mi vida me he ido transformando. Antes era como un cacho de carne. Ahora siento. Por mí y por ellos. Ahora soy un ser humano.

22 de enero

Me he preguntado por qué me ha dejado Yolanda todos los días. Después de pensarlo mucho y analizar toda nuestra vida cada vez estoy más seguro de que no la he tratado como se merece. Fernando me dice que soy como mis matemáticas. Cuadrulado. Mi vida con ella era para mí como algo natural. La conocí, me gusto, yo a ella y ya está. Que todo era un proceso natural. Pero no es así. Me doy cuenta de que no la he cuidado. No que cuidado nuestra vida. Los últimos tiempos era todo como muy rutinario, muy doméstico. Y ella no es así. No quiere monotonías, ni domesticaciones. Quiere vivir. Plenamente. Y lo hace. Todos los días se levanta con el espíritu de vivir algo distinto. Incluso lo normal, hacerlo diferente. Yo no soy así. Soy un animal de costumbres. Me encanta el orden, que todo vaya según pide su propio curso. Las variaciones y los cambios me alteran. Ella es sociable, yo introvertido. Ella es divertida y a mí me aburre todo. Ella es valiente y yo soy cobarde. No piensa mucho, es espontánea, natural y yo soy muy cerebral. Pienso más de la cuenta. Ella es comprensiva, yo exigente.

He releído todo lo que llevo escrito. Al principio escribí que no le pediría explicaciones y tenía razón. No las necesito. Al principio era soberbia por mi parte. Ya no. Es que sé porque me ha dejado. Y me lo merezco.

25 de enero

He llamado a Yoli. Dos veces. La segunda, descolgó el móvil. No ha hablado. No ha dicho nada, pero estaba allí. Me latía el corazón tan fuerte que no era capaz de hablar. Me temblaban las manos. Al principio solo podía decir su nombre, para que no me colgase. Solo quería que estuviera al otro lado. Por fin he empezado a hablar y no podía parar. Le he pedido perdón. Por diez años de vida aburrida. Por ser como era. Diez años de darle una vida tranquila y sosegada cuando necesitaba otras cosas. Le he dicho que quería verla, que necesitaba verla. Ella respiraba. Me estaba escuchando atentamente. Le he pedido que quedara conmigo una tarde, que tenía mucho que contarle. Y lo más importante de todo. Algo que nunca había dicho y por lo que le pedía mil perdones. Le he dicho que la quiero. Que estoy enamorado de ella. Que no quiero que me deje. Que la necesito. Que es el amor de mi vida. Que era otra persona y ella me convirtió en un ser distinto. Que volviera conmigo. Por amor, porque la amo. Se me ha cortado la voz un par de veces por la emoción. Julia tiene razón, llorar es muy liberador. Nunca había llorado por nadie. Por amor.

“Por favor Yoli, vamos a vernos, tengo tanto que decirte, quizá todo aquello que creía que no tenía que decirte durante estos diez años, pero que he descubierto que está dentro de mí y necesito decírtelo. Necesito que lo sepas. Tengo demasiado dentro que no te he dicho en todo este tiempo y es imprescindible que lo oigas. Te quiero mucho mi vida. Por favor...”

Después ha colgado. No sé lo que va a hacer. Solo espero que me de la oportunidad de disculparme y de serle franco. La quiero tanto que no he sabido decirlo ni demostrárselo nunca y me arrepiento enormemente de ello. Me gustaría que lo supiera todo. Lo que no he dicho y lo que me queda por decir.

31 de enero

Hoy he quedado con mi amigo Julián. Nos hicimos amigos en la facultad. Estudiamos juntos. Después yo me hice profesor y él se volcó en el mundo de la informática. Ahora trabaja en proyectos de desarrollo. Inventa programas que luego vende a las empresas. No le va mal. Siempre ha sido un tipo sencillo y sin muchas necesidades.

Le he contado que Yolanda se ha ido de casa, porque no lo sabía y tampoco le ha parecido muy raro. Supongo que piensa que no pegábamos o algo así. De todas formas, Julián es un poco como yo. Un tipo seta.

Me he ido pronto porque no tenía muchas ganas de dar explicaciones. Aunque pensándolo bien, Julián tampoco me las ha pedido. Me da la sensación que las relaciones humanas no son lo suyo. No recuerdo haberle conocido a ninguna novia, ni tan siquiera que me haya hablado alguna vez de ninguna. Si no ha tenido pareja al menos se ha librado de pasar por el momento de perderla.

15 de febrero

Cuando hemos salido del banco, Yolanda me ha dado dos besos en la cara, se ha dado media vuelta y la he perdido entre la gente. Me ha traído un poder notarial cediéndome la propiedad de la casa. Íntegramente. No quiere nada conmigo. Hemos repartido el dinero que teníamos ahorrado. Ha ingresado en mi cuenta lo que se llevó el día que se marchó y ha pedido que quitaran su nombre de las conjuntas. Ya no tenemos nada nombre de los dos.

No sé dónde vive, que hace o cuáles son sus planes. He intentado hablar con ella pero no me ha dejado. Simplemente ha dicho: “Carlos, hemos tenido diez años para hablar y no lo hemos hecho. Ahora ya no sirve de nada”.

Sin embargo, me ha escuchado con atención una sola frase, mirándome fijamente. Ha sonreído y me ha rozado la cara con sus suaves manos. Yo estaba a punto de llorar y casi no me salían las palabras: “Quería decirte, que aunque nunca lo he demostrado, que jamás has tenido la seguridad de que era cierto, pero lo era, de verdad que lo era, te quiero y te querré siempre. Quiero que sepas que solo he estado vivo realmente, mientras me quisiste”.